

**Andrea Valdés**

**Xavier Ribas, 2761 A.V.C. (2008)**

Texto publicado en *Antes que Todo / Before Everything*. CA2M Centro de Arte Dos de Mayo. Comunidad de Madrid. Madrid, 2010. ISBN: 978-84-451-3323-1

En sus primeros trabajos, el fotógrafo Xavier Ribas nos mostraba a familias descansando en un descampado, junto a una autovía o bajo un puente. De este modo nos sugería que la libertad sólo podía darse en espacios residuales, ahí donde el ocio no es una actividad económica con sus horarios y restricciones, y donde la naturaleza se manifiesta salvajemente, junto a colillas y otros deshechos. No en vano, el residuo está muy presente en su obra, como también lo están las señales y huellas que dejamos a nuestro paso.

En el tríptico *2761 A.V.C.* esos rastros son los restos arqueológicos que se conservan en un *parking* subterráneo de un centro comercial, en Tarragona. Salvo que aquí, la ruina en sí no interesa. Lo que interesa es su instrumentalización. Se diría que, arrasado el paisaje, esa industria que ha capitalizado el ocio, generando a su vez la demanda de espacios marginales, tomase conciencia de su propia agresividad y quisiera ser más amable. En este caso, la paradoja está servida porque al hacer del *parking* de un centro comercial un recinto arqueológico, lo que se supone un lugar transitorio, sin ninguna relevancia simbólica, pasa a ser un lugar histórico —con su inscripción y sus horas de visita—. De hecho, cuesta no ver en este gesto un intento por superar lo que para Marc Augé es un “no-lugar”, pues al *parking* le sucede lo que a los supermercados, los aeropuertos y las habitaciones de hotel. Son espacios intercambiables con los que es difícil identificarse. En su interior, la interacción es mínima y se reduce a señales que están casi siempre orientadas a regular el tráfico. Aquí, los paneles que indican la salida o nos prohíben girar a la izquierda mientras nos animan a continuar por la derecha, contrastan con otra indicación, esa que nos pide justo lo contrario: detenernos, y que atestigua, entre rampas y curvas, lo que es permanente y estable, lo que no se mueve y de lo que formamos parte. Está claro que sin esa indicación pasaríamos de largo y que es en un garaje donde más vamos a tenerla en cuenta, pues ahí todo son señales.

Como apunta en uno de sus textos, en esta ocasión, Ribas hace uso de una estética fotográfica de la fealdad, con las dominantes verde y amarillo de la luz artificial del *parking* y del rastro que dejan los faros del coche al desplazarse. Con esta “*bad practice*” evidencia que en vez de dramatizar la ruina, él prefiere acentuar su ironía. No podía ser de otro modo, sobre todo si tenemos en cuenta un último detalle, quizás el más significativo: y es que aquí preservar las ruinas implica relocalizarlas unos veinte metros más abajo de su ubicación original, para no molestar o interrumpir el tráfico. Digamos que al reducirlas a un elemento decorativo, pierden su credibilidad. Son sólo un escaparate. Ahora, está por ver, si al desvirtuar la noción de patrimonio histórico, no lo estamos colocando en su sitio. Después de todo, revalorizar un terreno es hacer un *parking* pero también declarar su interés patrimonial. Se ha abusado tanto de las ruinas. Ya lo decía Rilke respecto a Roma: “no, aquí no hay más belleza que en otros sitios y todos estos objetos que han sido mejorados y completados por manos de albañiles, no significan nada, no son nada y no tienen ningún corazón, ni ningún valor”. Es más, de no ser por su puesta en escena, da la sensación de que estas piedras bien podrían ser los escombros de unas obras. Una de las tantas de las que han ido modificando nuestro entorno, apropiándose de una manera tan salvaje que ahora buscan legitimarlo, aunque sea con un poco de maquillaje. Es como si este “no-lugar” necesitara llenarse.

© Andrea Valdés